

De la cita en un palmo de la ruina
sólo hace esquina con tu piel, la esquina
del roce aquél, que a tu sabor me inclina.

como el adiós de un dios, que se empecina
en beberse el sudor de tu quinina,
que sabe a sinsabores y a rutina.

VINO LA MUERTE

VINO LA MUERTE anoche en aquel sueño
y me tocó los labios con su espino,
y a mis labios les dí ración de vino
para olvidar el afanoso empeño.

¿Será así de sencillo aquel beleño
para cortar de un tajo este camino:
una noche tomar tósigo y vino
y amanecer despierto en otro sueño?

Si alguna noche recordar quisiera
el sabor de aquel beso que, sin prisa,
me dejó en prenda la inmortal Quimera,

en vinagre mojará mi sonrisa
y en la madre del vino me tendiera
para beberme el sueño y la ceniza.

Mar erótica y otros estudios marinos

VII

SI SE CALLA EL AMOR

*Quel pur travail de fins vagues conspire
Morsel dormant d'impreceivable eslime,
Et quelle poix semble se confectionner
Quand sur l'abime un soleil se repose,
Qu'onnes pas d'une chèrelle amon,
Le temps scintille et le Songe est sauter*

*Que labor de volapagos conspire
tantos diamantes de invisible espuma,
y que poix, ah, parece confectionarse
Cuando sobre el abismo un sol reposa,
trabajos puros de una chera causa,
refulge el tiempo y soltar el sabor
Paul Valery. Le coucher marin, a
version de Jorge Guillen*

Mar erótica y otros estudios marinos

Quel pur travail de fins éclairs consume
Maint diamant d'imperceptible écume,
Et quelle paix semble se concevoir!
Quand sur l'abîme un soleil se repose,
Ouvrages purs d'une éternelle cause,
Le Temps scintille et le Songe est savoir

¡Qué labor de relámpagos consume
tantos diamantes de invisible espuma,
y qué paz, ah, parece concebirse!
Cuando sobre el abismo un sol reposa,
trabajos puros de una eterna causa,
refulge el tiempo y soñar es saber.
Paul Valéry. *Le cimetière marin*, II,
versión de Jorge Guillén

MAR ERÓTICA

SONATAS EN EL MAR tejen las caracolas,
alta música verde del musgo entre las rocas.
Corales minuciosos forman el arrecife
oscuro de las constelaciones profundas.
Estrella de la sal, vertiente pura
de las palpitaciones, vidrio de blancas brumas;
incisivo timón del viento que se revuelve
y ruge por las flautas hirvientes de la espuma.
Corusca el horizonte: el diamante en cadena
de las costas refulge en el verano.
Vino violeta de palmeras embriaga
con delicia de fuego. Sentina del amor:
valvas adamantinas, el erizo del vientre
palpita como una lengua viva, las sílabas
obscenas parten la boca con saliva de luna,
y el agua —ojo, cristal— caverna limada
por pulsaciones de peces, es una mano inmensa
que acaricia los pezones de dátíl
de mujeres antárticas y anfibias.

En el mar encantado espero sobre la piedra
solitaria. Manatíes de hierro escoltan a la diosa
de caderas floridas, flota su cabellera
entre los mástiles: blonda bandera de mágicos azufres
y azafranes; su seno es una onda de calor
que se hincha de besos salitrosos en los lúbricos labios;
un caballo infinito la busca entre los montes
de luz acumulada para emprender galopes
sexuales en sus ancas. El mar es una flama.
Calaveras de plomo se hunden. Pesados cofres

enjoyados se ahogan. Barcos de especiería
navegan y naufragan. Con ajorcas de oro en los tobillos
está anclado el color de la mañana. El sol es una cara
de bronce que se quema. Sudor de madreperlas.
Escriben calamares caligrafías lúbricas
con tinta verde y simpática de líquenes y algas,
y la sangre menstrual de los corales
desciende, lentamente, a la región de las estatuas.

En la rotonda ecuestre
habita la doncella de muslos de molusco,
de vagina espongiaria y hondos ojos de ondina;
su espejo es una escama de plata y una concha de nácar
adorna su pelvis poderosa. ¡Quiero que tú me cuentes
el cuento rocalloso de los delfines zarcos
que bebieron el vino morado y amarillo
de la copa virgínea. ¡Oh, tú, la de la carne sávida
como panal de avispas,
la de la piel melada de melones maduros!
Torre de los valles ocultos,
Minerva mineral y crisoelefantina;
mástil de embarcaciones rotas, pilar de laberintos
de fósiles invictos, vertebrada columna de las ruinas,
costilla de ballena arponeada entre hielos azules;
caricia del beso subitáneo, sublingual, submarino...

El rey de los tritones lleva la barba revuelta
de cangrejos, su carro es látigo de plata que restalla
en el viento; un idioma de liras perciben las orejas
calcáreas de los caracoles; la rosa del silencio
nada en vetas heladas y túneles de peces fosforecen de frío.

La ola se destrenza, y peines de carey peinan la cabellera
de erráticos cardúmenes. Irradian las medusas
su gelatina eléctrica, su baba transparente
de congelada luna;
el sol prepara un caldo espeso de congrios sonrosados
— cocinero en las rubias hornazas de la aurora —
y el mar tiende manteles azules sobre el desierto líquido;
ladran los perros de las rocas al olfatear las redes
cargadas de abulones; ovarios de sirenas fecundadas
por marineros ebrios; vulvas de manatinas rociadas
con esperma de peces masculinos; acuáticos rumiantes
de ubres estrujadas por pescadores bíblicos:
¡mar de mármol morado, camino de las velas,
ruta de la serpiente, laberinto sin puertas!

Galeón el cisne de plumaje nevado
que acude a los nupciales gritos de la marisma.
Mitológico cuerpo se extiende por la playa;
confusión primordial de mujer y cetáceo:
asoma el esqueleto de cristal por las uñas
y en la garganta cuerdas humanas de guitarra.

La tubular cascada de la nuca, la cónica vertiente
de los senos, taza de porcelana del ombligo
y el salvaje felino de enmarañadas fauces:
la gruta de los húmedos labios animales,
peñasco donde ladra la foca del instinto;
alhaja de carbones ardientes, horno de tropicales
frutas, caverna de hierbas aromadas, cueva

donde desovan los mariscos, pasadizo secreto
de sales condensadas, boca de poderosos labios
que succionan sustancias medulares,
vertedero de fuerzas masculinas,
cornucopia de urgencias seminales,
ojo de aguas salobres, musculoso volcán de lava líquida,
fresco y sangriento gajo de sandía, prodigioso papayo
de caricias linguales...

Tintinean las sandalias metálicas del viento
sobre las cabelleras doradas de las islas
y las olas se alisan el fleco de sus barbas
y sus rizosas cejas de agua fina y ceniza.
A los lejos... palomares oceánicos baten alas plumizas.

PORTO ALEGRE-SAO PAULO-RÍO

ESTOY EN Porto Alegre,
Brasil es oro preto y también oro verde
esta mañana.

En Sao Paulo (rascacielos y trópico),
he visto la Bienal: museo de horrores,
de falsos silogismos — como dijo

Sor Juana — de colores.
¡Ay!, Portinari, ¿qué se hizo el Brasil
y sus pintores?

Sao Paulo-Río; volamos en un pequeño
bimotor, en un mosquito aéreo

de una línea de muerte: la Cruzeiro.
Tomamos café en Copacabana.
Copacabana estaba
en fabela de fiesta endomingada,
en mar de copa azul,
no azul de Prusia,
sí mar azul, azul de porcelana;
Copacabana estaba
— con su falda de espumas —
en femenina mar americana.

(Ganó Negrao da Lima
y Lacerda lloraba;
ganó Negrao da Lima y los cerditos
con Lacerda lloraban...)

Por Río Branco compramos camisetas de lino
para secarnos los sudores del alma.
Maracanã contaba votos como goles
en pleno corazón de Guanabara.
Por las calles paseaban, a miles de cruzeiros,
un río de cinturas portuguesas
y un mar de pantorrillas africanas.

Tomamos laranjada en Cerro de Urca,
funicular y Pão de Azúcar: pilón elemental
naciendo de jirones de niebla, de rumorosas
olas de verdura. Después el Corcovado
— envidia de Alarcón — el Corcovado
es una gran tortuga con su Cristo aviador;
(yo digo) a mí se me figura
que es un Cristo aviador el que dirige

un tránsito de aviones en la altura.
Río de Janeiro por la noche estaba
en diamante montado en selva pura;
Río de Janeiro estaba
no en romance de enero,
en soneto de octubre
con su lima plateada por la luna
limándose las uñas:
y eran lascas de uñas las estrellas,
o diamante en virutas.
Yo no digo que sea,
digo, que a mí se me figura.

ESTUDIOS MARINOS

I

SE PASÓ EL MAR la mano por la frente
y se limpió el sudor de la canícula;
de las uñas del mar — en la cutícula —
colgaba una medusa iridiscente.

Agua de luz, callada, indiferente,
que proyectara en vidrio su película
de peces voladores.

(La retícula
era una trampa en plata refulgente)

El bulldog de un pelícano en picada
desenterraba fósiles marinos.

Granja de pura espuma fermentada
en vinos blancos y en rosados vinos.

La manzana del sol se da calada
por líquidos cuchillos diamantinos.

II

Trasatlántico mar, mar en sí mismo,
mar de la superficie a mar de fondo,
mar enconado en el azul abismo:
parmenidiano, único y redondo.

Reconcentrado mar en solipsismo,
ojo en meditación: lúcido y hondo,
que en calculadas simas de hermetismo
con perlas perfecciona su trasfondo.

El pez y el pan de bíblicos cardúmenes
se parte en dos en el acantilado.

Fosforescente cónclave de númenes
sueña diamantes en el mar soñado,

y un joven pulpo toma los resúmenes
que el coral académico ha dictado.

III

Estrellas en el mar, fina escultura
que encallara en los labios de la playa,
intentos astrológicos que ensaya
el mar vidrioso en hornos de espesura.

Náutica llama es el coral, en dura
concentración de sangre que no estalla:

rutilante abanico que se entalla
en olas que el impulso prefigura.

Un cementerio de marinos ámbar
vigila una ciudad de embarcaciones

donde un ramaje vivo de naufragios
transforma el oro en limpios liquidámbar.

Y en oscuras y extrañas igniciones
el secreto del mar bulle en presagios.

IMÁGENES PARA EL DIARIO DE VIAJE
DE CRISTÓBAL COLÓN

SOBRE LA ONDA verde crujen los bosques del navío,
el agua es una pupila transparente y profunda,
el roble navegante surca el claro cristal de la mañana.
La cáscara de nuez cabalga cresterías de espuma.

La aguja de marear está imantada por la ronda de estrellas.
Noruestean el hierro dulce y el ánimo atrevido.
En el cielo nocturno conspiran metaloides
de osas mínimas y máximas.

De la noche se desprende un maravilloso ramo de fuego
que chasquea su lengua sobre el lomo del mar,
partiendo en dos mitades el camino de las velas.
Hierva un momento el agua y se apaga la tizona
encendida de los astros.

Pasan manadas de hierbas finas como el oxígeno,
señales verdecidas en laberintos de aguas planas;
los ojos buscan en vano las veredas en el desierto infinito.
En visión fugaz, Neptuno bien barbado
asoma su monstruosa cabeza
coronada de algas y se desplaza velozmente en carro tirado
por oscuras y jabonosas toninas.
El mar es como el río de Sevilla. Vieron un rabo de junco,
ave blanca que no suele hacer nido en el mar.
Las gaviotas vuelan
con su habitual incertidumbre migratoria.
El agua es mansa y dorada,
se pueden observar los rebaños de peces
parecidos a un timón de finísima sensibilidad
que corta el agua;
también semejan los cardúmenes cabelleras vivas
de diosas mitológicas.

Un mozo derriba un grajo de una pedrada, el pajarillo
cae sobre cubierta, la pluma late en la madera húmeda.
El almirante siente el pulso débil entre sus manos tibias
y dice que «no es bueno matar por diversión
las cosas que Dios ha hecho».
Todos pierden el interés y se van a hacer sus faenas.

¿Quién ha visto una ballena?
Gigantesca isla migratoria emergiendo del abismo.
Lanza furiosos chorros de agua y va fragmentando
el mar en piedras luminosas.

Aires temperantísimos —suaves y dulces— beben
las bocas de los marineros. Aire de almíbar,
sabroso y nutritivo, prende canciones en los labios.
La acústica es perfecta; hay quien sorprende el canto
de un ruiseñor oculto en los bosques de mástiles.
Era placer grande el gusto de la mañana y el tiempo
como el de abril en Andalucía.

Los marineros se quitan las ropas y se arrojan
desde la borda de las naves
a la caricia violenta de las aguas heladas y hondas;
apartan islas de hierba con las manos
y hacen crujir los cascarones de huevo fosilizado
de los cangrejos tomadores de sol.

La noche es alta y oscura.
Se puede leer con precisión en el mapa celeste.
La Estrella Polar brilla igual a un clavo de plata.
La Osa Mayor es una cacerola de aluminio.
Del Cinturón de Orión cuelga la hoja ancha
de una espada.
Abajo las agujas piden siempre la verdad.
El cielo abre sus odres de agua.
La tempestad, lobo hambriento,
ronda las llanuras del mar.
Las velas de los barcos permanecen echadas en la
cubierta: perros guardianes a los pies de su amo.

«A Dios muchas gracias sean dadas»,
exclama el almirante a la mañana siguiente.
El sol sonríe con su acostumbrada seguridad.

9 de octubre. Toda la noche oyeron pasar pájaros.
¿Nadie duerme en los buques fantasmas?
La tripulación: estatua de sueño escudriñando
entre jirones de niebla el horizonte,
tiende los oídos en atento espionaje
para captar la más leve palpitación de costa.

El almirante está sentado en el castillo de popa.
Una luz como de candelilla de cera parece abrir grietas
en la noche densa.
Los marineros se congregan para cantar el Salve
y la oración se multiplica en las catedrales sumergidas.
Tres barcos, sólo ligeramente ebrios,
danzan en las aguas espumosas de la mañana.
Un grito (en lengua extraña y sonora
como el oro y el vidrio)
resuena al filo de la tierra.

Si se calla el amor

SI SE CALLA EL AMOR

para Guadalupe Castañón

SI SE CALLA el amor hay una leve
disminución de luz en el planeta.

El amor se reparte como pan en la mesa
y su caliente borona saboreada
con la misma saliva es una herida de mar
sobre la lengua:

habla desde los poros de la vida
para que nadie se avergüence.

El amor es un sol de argumentos,
que alumbra lo que toca con la mano posada
sobre el pezón eréctil, como uva
que gotea su melaza amarilla
en los labios del viento

y el viento publicano
la recauda en parvadas de polen
para los seminarios jardineros
donde copulan los insectos.

El amor es un secreto a voces
en el que participan

según lo divulgara
el viejo Freud en su otomana vienesa

por lo menos tres personas distintas
(sin contar a la Esfinge)
y un sólo Dios diuturno y verdadero.

El amor es un bello Minotauro
enredado en su loca tecnología de celos;
laberinto espermático; ovillo conductor
de todos los deseos y Teseos.

El amor es un sueño que nos sueña
soñando en vida la muerte de la muerte.

EL PARÍS DE TU PIEL

*O mes femmes, soyez mes muses, voulez-vous?
Soyes même un petit comme un lot d'Erinnyes
Pour rendre plus méchants mes ver encor trop doux*
Paul Verlaine

SOMBRA DESNUDA de los cuerpos,
enemiga en combate de caricias,
lumbre de alahaja líquida
la saliva salvífica del beso:
orgasmo oral, punta de lanza
la lengua de Longinos hiriendo
la bronca sílaba del viento.
El candado caliente
del París de tu piel
patria partida
de raídas raíces

porque el amor/
dedo cordial
unta de plata ardiendo
el anillo cuadrado
de la mano maestra
que pule los pezones
con polvo de tabaco
y los pinceles púberes
del ala rasurada de la axila:
mentol de médula de huesos,
miel de mora en conserva
y el ácido silicio del silencio
de los sudores de amoníaco.

Déjeuner surl'herbe
(cuerpo a la vista) Manet
en el *petit musée* del Café de Procope:
Ici... en 1686 en la rue de L'Ancienne Comedie
y yo volcado sobre la trucha ahumada
de los profiteroles de tu sexo;
la carbónica luz de la champaña
corriendo al natalicio del ombligo
y una vela vinosa en los vitrales
prendida en penitencia por el alma
del peruano Vallejo.
La lluvia a contrapelo

sobre el Sena:
furiosa miel de ámbar las abejas
zumbando entre los párpados
y el periné del Puerto Nuevo
que comunica esfínteres de fuego.